

MM. Firmin y Cabiron y M. de L*** me pidieron con instancia que no publicase el folletin difamatorio obedecian á la presion de la opinion pública indignada. Pero yo estaba ciego. Mi rabia contra la Religion era tal, que preferí sacrificar mis intereses. Por no desagradar á aquellos señores interrumpí la novela; la publiqué en el *Anti-Clerical*, del cual era yo amo absoluto, y presenté mi dimision de director de *Le Midi Republicain*.

Al recibir, roto en cuatro pedazos, el documento legal que me aseguraba una ganancia de cien mil pesetas en algunos meses, MM. Firmin y Cabiron se quedaron llenos de espanto. Sabian que estaba lleno de inaudito furor contra el Papado; pero no podían figurarse que fuese hasta el punto de hacerme renunciar á ventajas pecuniarias absolutamente excepcionales.

Como mi colaboracion habia contribuido mucho al éxito del periódico, me suplicaron que no lo abandonase; me llamaron la atencion sobre que, teniendo mucha venta en la provincia el *Midi Republicque*, estaba seguro de un porvenir magnífico; me manifestaron cuán posible era redactarlo sin caer en aquellos excesos, y emplearon todos sus esfuerzos para no dejarme separar. No quise revocar mi decision y me volví para siempre á Paris.

Hacia á mediados de Mayo fué cuando el *Midi*

Republicain interrumpió la novela contra Pío IX. Dos meses y medio más tarde, el 30 de Julio, MM. Fermin y Cabiron eran acusados conmigo por el sobrino del Soberano Pontífice.

Declararon ante el tribunal que solo habían prestado sus prensas para la publicacion; al afirmar esto, decían la pura verdad. El verdadero culpable en aquel asunto, vuelvo á repetirlo, fui yo.

Además, utilicé por mi cuenta los libelos que habia recogido en Suiza. Despues de la novela escrita por un amigo con la máscara del llamado camarero Volpi, di al público tres tomos intitulados *Pío IX ante la Historia*; en esta obra me encarnicé sobre todo contra el Padre Santo en su calidad de Jefe de la Religion y de hombre político; las calumnias relativas á la cuestion de costumbres estaban condensadas en algunas páginas.

Se me ha pedido muchas veces que publique el nombre del autor de los *Amores Secretos de Pío IX*. Siempre me he negado á hacerlo, porque el autor me suplicó que jamás publicara su nombre. Hoy aquel hombre se ha declarado mi enemigo: habiendo mi conversion causado la clausura de la Librería Anti-Clerical, se puso furioso contra mí; no me perdonó ser indirectamente la causa de la supresion de una casa que en cuatro años le habia hecho ganar cerca de sesenta mil

pesetas. Pero esta enemistad no justificaría una indiscrecion que, en suma no es de ninguna utilidad. La obra es en sí misma mala, y ésta es la que debo desenmascarar. Por lo demás, ¿qué importa á las gentes honradas el nombre de su redactor?

Además, en el mundo de las letras, todos saben lo que pasa. El año anterior, mi antiguo cómplice declaró ser autor de la infame novela, delante de un cercano pariente de M. Henri Fouquier; y el *XIX Siècle*, no creyéndose obligado á guardar el secreto nombró al escritor, dando acerca de él los más minuciosos pormenores.

Pero doblemos la hoja de asunto tan abominable.

Pasó súbitamente á otra série de mentiras; después de las calumnias escritas, paso á las calumnias de viva voz.

Las sociedades de libre-pensamiento me pidieron muchas veces que diera conferencias públicas en sus respectivas ciudades; estas manifestaciones ponían de relieve á los grupos anti-clericales y les daban ocasion de entregarse á su activa propaganda.

Aceptaba cada vez que podía sin gran molestia.

Mi tema favorito de declamacion irreligiosa era el siguiente: *Los Crímenes de la Inquisicion*. Compuse sobre este tema un largo discurso, que, alar-

gándose ó encogiéndose á mi voluntad, duraba de cuarenta y cinco minutos á dos horas, segun las disposiciones del auditorio.

Puse á contribucion á todos los libelistas protestantes de los dos últimos siglos, quienes, como es sabido, echan la culpa de mil crímenes imposibles á la orden de Santo Domingo.

Está probado—por no citar más que un hecho—que Galileo no recibió jamás un papirote. Sin embargo, porque su famoso descubrimiento de la redondez de la tierra fué discutido, los enemigos de la Iglesia han sacado por consecuencia que el sábio fué torturado.

¡Con qué apresuramiento recogí yo esta mentira! ¡Con qué lujo de indignadas frases me hice su apóstoll!

Pero mi héroe era Giordano Bruno, el monge apóstata del siglo décimo sexto.

Sacada de varios diccionarios enciclopédicos, hice la relacion de todos los procedimientos de tortura empleados por la barbarie de la Edad Media, y pinté el martirio de Giordano Bruno, diciendo que habia sufrido todas y cada una de las torturas usadas en los antiguos tiempos. Multiplicaba de este modo las descripciones; el auditorio lanzaba gritos de horror, sin reflexionar que uno solo de aquellos suplicios, á los cuales, segun mi

relato, había sido sometido Giordano Bruno, hubiera sido suficiente para matarlo diez veces.

Me cuidaba mucho en mis relatos exagerados de decir que las pocas crueldades cometidas eran propias, no de la Religión, sino de la época, y que los verdugos de la Edad Media estaban al servicio, no del Papa ni de los obispos sino de los Magistrados seculares.

Si hubiese continuado el camino en que me había lanzado, creo que habría terminado por hacer de Cartouche un héroe libre-pensador, víctima de los curas, y por decir que el clero le hizo sufrir el suplicio de los borceguies y de la rueda.

¡Quién sabe! Vendrá un día en que algún orador anti-clerical pintará los horrores de la Jacqueria, y afirmará con la mayor seriedad que los campesinos socialistas del siglo XIV no eran sino capuchinos ébrios de sangre y desencadenados sobre Francia. El orador que cuente la historia de aquel caballero de Veauvoisis, cuya esposa é hijos fueron obligados á devorar las carnes ensangrentadas del esposo y del padre, tendrá un auditorio que lo aplauda, si cuida de imputar esa atrocidad republicana á algun célebre prelado ó á algun fundador de orden religiosa.

Durante una feria, ví á uno de esos hombres que enseñan curiosidades y cuya especialidad son los instrumentos de tortura. Entre otros objetos,

presentaba al público una especie de doble garfio, que había comprado en una ciudad del Norte y que provenia (segun él), de la herencia de un antiguo verdugo. Aquel horrible aparato servía, á lo que parece, en los tiempos bárbaros para arrancar los pechos á los criminales impúdicos. Pedí prestado ese aparato é hice que mi herrero me fabricara uno parecido.

En mis conferencias hacia yo circular el instrumento por toda la sala.

La primera vez dije:

“Ciudadanos y ciudadanas: este instrumento de suplicio, llamado *Araña*, ó *arranca pechos*, es semejante al que tenía el verdugo de Abbeville, cuando de orden de los curas martirizaban al jóven libre-pensador Le Febre de la Barre,

La *Araña* produjo verdadero horror.

Animado por semejante éxito, insinué en la conferencia siguiente, que el instrumento comprado en el departamento del *Somme*, podía ser el mismo que había servido, etc.

En la tercera conferencia, la *Araña* era una reliquia del libre-pensamiento. Ignoro lo que habrá sido de tal aparato. Quizás lo haya recogido algun grupo anti-clerical que le conserve como un tesoro. Si así fuere, me apresuro á manifestar á los interesados, que al jóven de La Barre jamás le arrancaron los pechos (el honor de

semejante mentira es debido á un redactor de *Le Mot d' Ordre*; Edmundo Lepelletier,) y que la *Araña* en cuestión fué fabricada, hace cinco años por M. Mazet, herrero de la calle de Bievre, por la cantidad de cincuenta pesetas. Debo también añadir que M. Mazet ignoraba á que había de ser destinado el objeto fabricado por él y si algun día lee este libro, se admirará al saber que el extravagante instrumento salido de su frágua se ha convertido en reliquia anti-clerical.

Tales son las principales mentiras en que tomé parte directa.

Recordaré además algunas viejas leyendas inventadas por los libelistas protestantes, y que yo reimprimí dándoles el picante de nueva salsa; tales son: *Juana la papisa*, *La Cuestion de Catalina Cadière*, las calumnias imaginadas contra Leon X, &c. &c.

Los libros eclesiásticos acerca de los casos de conciencia también me prestaron materia para la calumnia. Estos libros están en latin; desde luego me fué sumamente fácil publicar una traducción hecha con la mayor mala fé. No hay nada más sencillo que torturar los textos, exagerar el pensamiento de los teólogos, y de intento herir el pudor del público empleando palabras groseras que el lector atribuye al clero. De este modo se puede desfigurar y hacer absolutamente abominable

cualquier tratado de medicina: Aquellas inmundicias las intitulaba: *Los libros secretos de los Seminarios*. Pablo Bert me había dado el ejemplo; seguile alegremente, feliz con emponzoñar las almas y perderlas engañándolas.

Con semejantes intenciones di varias conferencias sobre la *Confesion*. Mis aseveraciones eran la última palabra de la exageracion. Segun yo no había más que ministros infames; todos los apóstoles eran unos Júdas.

Y sin embargo, mejor que nadie, hubiera podido testificar que el secreto de la confesion no se descubre nunca.

Pero, en aquellas horas de locura, olvidaba á mi confesor de San Luis, aquel buen sacerdote, que viéndome hacer una comunión sacrilega, se vió á la muerte y no abrió la boca para revelar la misteriosa causa de su mal.

¡Ah! ¿podré, me pregunto muchas veces, reparar la multitud de mis crímenes?

Una de mis mentiras se convirtió una vez en realidad.

Tuve la imprudencia de enviar al Soberano Pontífice, Nuestro Santísimo Padre Leon XIII, una de mis novelas impías. Hablando de semejante obsequio con uno de mis amigos, me ocurrió hacer circular el rumor de que había sido excomulgado; mi amigo no lo platicaba aún,

cuando un periódico católico de Roma anunciaba la condenación de mi libro. La noticia publicada por vanidad, resultaba verdadera.

En seguida pensé en ridiculizar al papado, publicando una bula apócrifa de excomunión. Todos los periodistas republicanos reprodujeron la bula, burlándose, á cual más del Vaticano. Pues bien, en honor de la verdad, el documento aquel no venía de ahí. Abrid, queridos compañeros, abrid la obra de alta fantasía que se llama *Tristan Shandy*, por Sterne; y en ella encontrareis mi excomunión, en el capítulo LXXVII. Es como si se publicara, en calidad de pieza auténtica, una receta del barón de Crac.

Sin embargo, me apresuro á declarar que no creo á mis compañeros republicanos tan ignorantes que no sospecharan el origen de mi bula. La mayor parte de ellos conocen el origen de esta; pero estimaron excelente la mentira y les faltó tiempo para hacerse cómplices en la nueva superchería.

Una mentira más ó menos en el partido llamado de la verdad, ¿qué importa?

En fin, terminaré mis declaraciones con el relato de una serie de cuentos azules como siempre á cargo del clero, y para la que invoco las circunstancias atenuantes. Tratábase, pues, de una falsificación. Un periódico ultra-socialista de Pa-

ris, *La Bataille*, la emprendió contra mí, porque en un proceso revolucionario no había mostrado gran admiración por ciertos acusados que me parecían exhalar un olor algo fuerte á Prefectura de Policía. *La Bataille* me atacaba, diciendo que prestaba demasiado ligeramente oídos á las calumnias lanzadas contra los reos y que era muy culpable por no refutarlas.

Entonces quise tener el placer de engañar al periódico socialista.

Escribí al director, M. Lissagaray, una carta concebida en los siguientes términos.

“Muy Señor mío:

Soy uno de los secretarios particulares del Arzobispo de París. Por razones que no puedo daros á conocer detesto cordialmente á mis superiores.

¿Me permitiría V. colaborar en su estimable periódico? Os descubriré todas las intrigas que se tramán en el palacio Arzobispal, sin pedirós por ello retribución alguna.

Si me aceptais como vuestro colaborador, dignaos dirigirme una palabra en la pequeña correspondencia.

Por supuesto mi nombre quedará en la oscuridad.

Firmado: JUAN PEDRO.

Al día siguiente leía en *La Bataille* estas sen-

cillas palabras; "A M. Juan Pedro. Aceptamos muy gustosos."

Comencé luego mis crónicas. Mandé á *La Bataille* las más formidables extravagancias, y esta las insertó íntegras sin pestañear.

Contaba yo, entre otras lindesas que Julio Ferry y Julio Simon habían ido á entenderse secretamente con Monseñor Gibert á fin de asegurar á Monseñor Richard la sucesion del Cardenalato. Era un cuento absurdo. Dió, no obstante, la vuelta á la prensa republicana.

Otra vez declaraba que los canónigos de Nuestra Señora se reunían en subterráneos, limpiaban viejos instrumentos de suplicio, y se disponían á servirse de ellos en la próxima restauracion de la monarquía legítima.

Todas las noticias que daba á *La Bataille* eran poco más ó menos del mismo calibre. ¡Y el periódico las publicaba! Otros periódicos parisienes las reproducian.

Solo el "*Tiempo*" dijo que los colaboradores de M. Lissagaray estaban locos. Aquellas insensatas crónicas duraron un mes, aproximadamente. En la redaccion del *Anti-Clerical* reventaban de risa siempre que yo ponía en el correo una carta firmada por "Juan Pedro." Estaban seguros de verla al día siguiente en *La Bataille*. Al fin

me cansé, y Juan Pedro cesó de descubrir las intrigas del Palacio Arzobispal.

Esta aventura prueba con que facilidad se aco-ge la calumnia en la prensa republicana, desde el momento en que aquella va dirigida contra el clero.

No debe ponerse en duda el acuerdo instintivo que hay entre los escritores libre-pensadores, para esas cosas.

La más insignificante mentira, encendida en el más oscuro periódico, en un abrir y cerrar de ojos se inflama en toda Francia; es como un reguero de pólvora al que se pone fuego.

El día en que los periódicos católicos se apresten con la misma union y la misma prontitud á defenderse de los calumniadores, estos no sacaran la mejor parte.

De todas maneras, habiendo practicado la teoría de Voltaire, debo confesar hoy mis mentiras, para atenuar su efecto si aún es tiempo todavía.

Pero despues de estas confesiones, cuando en la balanza de las responsabilidades el platillo de mis imposturas está tan terriblemente cargado, que el público honrado me permita echar en el platillo contrario una verdad á la cual fui siempre fiel; es la única buena accion que tengo el derecho de invocar en mi favor, en medio de todas mis debilidades.

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paul. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas de la Caridad á tan íntima admiracion? Lo ignoro, no me lo explico, puesto que entónces me hallaba en completa aberracion de conciencia. Lo cierto es que esta admiracion me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de libre-pensador furibundo.

¡Que mi sincera conversion á la verdad me valga para reconquistar la estimacion de las gentes honradas!

¡Y que no se tenga compasion de mí! Que nadie se figure que esta pública confesion me ha sido costosa!

No, al contrario, me siento aliviado de una carga pesadísima, desde que he escrito estas líneas.

Me siento feliz por haber roto mis cadenas, y compadezco á mis antiguos cómplices de infamia, aquellos desgraciados, que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para libertarse de él.

IX.

LA PROPAGANDA DEL MAL.

ORGANIZACION DE LA PROPAGANDA.—LA LANTERNE.—LA PEQUEÑA REPÚBLICA FRANCESA.—DOS VERDUGOS DE NIÑOS.—LOS OBREROS DEL MAL.—LOS DESENFRAILADOS.—LOS BURLONES.—LOS EXALTADOS.—ABNEGACION.—EL COLEGIO ANTI-CLERICAL DE MONTREUIL-SOUS-BOIS.

Puesto que he sido uno de los más ardientes en la difusion del mal, tengo el deber de dar á conocer la organizacion de su propaganda.

Desde el principio de mi campaña contra la religion, comprendí que era indispensable hacer circular mis escritos en los pueblos y aldeas.

Para poner mi proyecto en ejecucion, resolví servirme de los corresponsales de los periódicos de más circulacion en Paris y en provincias, dándoles un fuerte interés en la empresa.